

HEINRICH VON KLEIST

RELATOS COMPLETOS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

MICHAEL KOHLHAAS

En las orillas del Havel vivió, a mediados del siglo XVI, un tratante de caballos de nombre Michael Kohlhaas, hijo de un maestro de escuela, una de las personas más rectas y, al mismo tiempo, más terribles de su época. Este hombre fuera de lo común habría podido pasar por un ciudadano modelo hasta que cumplió los treinta años. Poseía una granja en un pueblo que aún lleva su nombre, y en ella disfrutaba de una existencia apacible, ganándose el pan con sus ocupaciones, educando en el temor de Dios, para que fuesen honrados y trabajadores, a los hijos que su mujer le había dado, y complaciendo a sus vecinos, pues no había uno que no se hubiera beneficiado de su generosidad o de su buen juicio, siempre ecuánime; en suma, no cabe duda de que el mundo habría bendecido su memoria si no se hubiera excedido en una virtud: su sentido de la justicia, que le llevó a convertirse en bandido y asesino.

En cierta ocasión salió de su patria conduciendo una reuca de caballos, unos animales espléndidos, jóvenes y bien alimentados. Mientras cabalgaba iba pensando en qué emplearía las ganancias que esperaba conseguir en los mercados con su venta: una parte, como buen hombre de negocios, la invertiría en su hacienda, así obtendría nuevos beneficios, pero el resto estaba decidido a gastarlo en disfrutar de la vida. En esto llegó al Elba y se vio ante el imponente castillo de un señor feudal, ya en territorio de Sajonia, junto al que había una barrera con la que jamás se había tropezado. Se detuvo con sus caballos justo en el momento en que la lluvia que le había venido acompañando a lo

largo del camino comenzaba a arreciar y llamó al guarda, que no tardó en asomarse por la ventana con cara de pocos amigos. El tratante de caballos rogó que le permitiera pasar.

—¿A qué viene esto? ¿Es nuevo?—preguntó al ver al encargado de la aduana, que se había tomado su tiempo antes de salir de la caseta y ahora aparecía por fin.

—Se trata de un privilegio—respondió éste mientras levantaba la barrera—que el señor de estas tierras ha concedido al hidalgo Wenzel von Tronka.

—¿Wenzel?—dijo Kohlhaas—. ¿Así es como se llama el *junker*? ¿Acaso ha muerto el antiguo señor?—preguntó echando una mirada al castillo, que dominaba los campos con sus espléndidas almenas.

—De un ataque de apoplejía—replicó el aduanero, mientras sostenía en alto la barrera.

—¡Hum! ¡Lástima!—repuso Kohlhaas—. Era un noble anciano que disfrutaba hablando con la gente, tratando con los comerciantes y con todo aquel que pasaba por aquí; siempre que podía, te sacaba de apuros; recuerdo que una vez mandó construir una calzada de piedra sólo porque una yegua mía se había roto una pata; no aquí, sino donde el camino entra en el pueblo. En fin, ¿cuánto debo por el portazgo?—preguntó disponiéndose a sacar de su capa los *groschen* que el guarda fuera a cobrarle, algo que no le resultó nada fácil, ya que ésta ondeaba al viento.

—¡Deprisa! ¡Deprisa!—mascullaba el hombre maldiciendo la tormenta.

—¡Ya va! ¡Ya va!—replicó Kohlhaas al oírle—. ¡Cuánto mejor hubiera sido para vos y para mí que el árbol con el que se ha hecho esta barrera se hubiera quedado en el bosque!

Y diciendo esto le entregó el dinero y se dispuso a montar para proseguir su viaje. Sin embargo, no bien hubo pa-

sado la barrera, oyó detrás de él una nueva voz que tronaba desde la torre:

—¡Eh, el de los caballos! ¡Alto ahí!

Vio al alcaide del castillo cerrar una ventana y bajar apresuradamente para hablar con él.

—Pero bueno, ¿qué ocurre ahora?—se preguntó Kohlhaas en voz baja, mientras detenía los caballos.

El alcaide del castillo, abotonándose aún el chaleco que ceñía su voluminoso cuerpo, se acercó a él y, colocándose de espaldas al temporal, le reclamó su pasaporte.

—¿El pasaporte?—preguntó Kohlhaas.

Un poco confuso declaró que, hasta donde él sabía, no contaba con nada semejante, aunque si tenían la bondad de explicarle de qué diablos estaban hablando, a lo mejor resultaba que sí lo tenía. El alcaide del castillo, mirándolo de soslayo, le respondió que no podían permitir que ningún tratante de caballos atravesase la frontera sin un permiso concedido por el señor de aquel territorio. El interpelado aseguró que solía cruzar por allí, lo había hecho ya diecisiete veces, y nunca en la vida le habían exigido tal acreditación; que conocía una por una todas las disposiciones oficiales que afectaban a su negocio y jamás había oído hablar de algo así; que a buen seguro se trataba de un simple error, por lo cual le rogaba que se hiciera cargo de su situación y, viendo que aún le quedaba una larga jornada de viaje por delante, tuviera la bondad de no retenerle allí por más tiempo inútilmente. El alcaide, por su parte, le respondió que no estaba dispuesto a consentir que volviera a colarse, ¡no iba a cruzar de balde dieciocho veces!; acababa de aparecer una nueva ordenanza al respecto y podía elegir entre sacar el pasaporte allí mismo o volverse por donde había venido. El tratante de caballos, que no toleraba ninguna irregularidad y empezaba a sentirse molesto con

tantas presiones, reflexionó un momento antes de desmontar del caballo, entregárselo a un mozo y anunciar que deseaba ver al *junker* en persona para discutir el asunto. Sin contar con nadie, se encaminó al castillo. El alcaide le siguió de mala gana, despotricando contra los tacaños y los roñosos, a quienes, según él, habría que sangrar sin compasión. De este modo, midiéndose uno a otro con la mirada, entraron en la estancia donde Von Tronka, con un cáliz en la mano, disfrutaba de la compañía de algunos amigos con quienes se había reunido para pasar un rato divertido, justo en el momento en el que uno de ellos contaba un chiste que provocó una carcajada interminable, cuyo eco seguía resonando en la sala cuando Kohlhaas se presentó ante él para formular su queja. El *junker* le preguntó qué deseaba. Los caballeros, que se habían quedado callados al ver llegar al extraño, rompieron su silencio en cuanto le oyeron denunciar lo que estaba sucediendo con sus caballos; todos los allí reunidos exclamaron: «¡Caballos! ¿Dónde están?» al tiempo que se precipitaban a la ventana para contemplarlos. Al ver lo espléndidos que eran, el hidalgo propuso ir a examinarlos de cerca, y el grupo bajó volando al patio; la lluvia había cesado; el alcaide del castillo, el mayordomo y los mozos formaron un corro y admiraron los animales. Uno alababa el porte del alazán careto, a otro le gustaba el de color castaño, el tercero acariciaba al pío con manchas azafranadas, y todos coincidían en que aquellos caballos eran como venados y que no se criaban unos mejores en toda la comarca. Kohlhaas respondió satisfecho que aquellos caballos no eran mejores que los caballeros que habían de montarlos y les animó a que los comprarán. El *junker*, al que le encantaba aquel soberbio alazán, decidió preguntarle por el precio; el mayordomo le propuso comprar un par de caballos negros que les vendrían muy bien

para las labores del campo, pues andaban escasos de animales; sin embargo, cuando el tratante se pronunció, los caballeros opinaron que el precio era excesivo, y el *junker* comentó que, tasando tan alto los caballos, tendría que ir a buscar al rey Arturo y a los caballeros de la Tabla Redonda para que se los compraran. Kohlhaas, que se dio cuenta de que el alcaide y el mayordomo hablaban entre sí en voz baja mientras lanzaban elocuentes miradas a los caballos negros, tuvo un oscuro presentimiento y, como no quería poner más trabas, deseoso de desprenderse de ellos y ante la posibilidad de que se los quedase el *junker*, le hizo una propuesta:

—Señor, los negros los compré hace seis meses y entonces me costaron veinticinco florines de oro; dadme treinta y son vuestros.

Dos caballeros que estaban de pie junto al hidalgo se apresuraron a confirmar que, desde luego, los caballos valían ese precio; pero el hidalgo dio a entender que, en todo caso, estaría dispuesto a gastarse su oro en el alazán, pero no en los negros, eso seguro, y se dio la vuelta para marcharse. Kohlhaas, por su parte, dijo que quizá la próxima vez que pasara por allí con más animales podrían hacer negocios; se despidió del hidalgo, tomó las riendas de su caballo y se dispuso a partir. En ese momento, el alcaide salió del grupo para recordarle que no podía continuar su viaje sin un pasaporte. Kohlhaas se volvió y preguntó al *junker* si estaba obligado a cumplir este trámite, que echaba por tierra todos sus planes. El *junker*, en cuyo rostro se reflejaba la confusión, respondió mientras se retiraba:

—Sí, Kohlhaas, debes conseguir un pasaporte. Habla con el alcaide del castillo y continúa tu camino.

Kohlhaas le aseguró que no tenía ninguna intención de infringir las ordenanzas que regulaban el comercio de ca-

ballos, prometió que al pasar por Dresden acudiría directamente a la cancillería para obtener su pasaporte y rogó que, por esta vez y considerando que hasta entonces no había tenido noticia de este requisito, le permitieran proseguir su viaje.

—¡De acuerdo!—dijo el *junker* viendo que el tiempo comenzaba a cambiar, que una nueva tormenta amenazaba en el horizonte y que sus secos miembros se resentían por el viento cortante que los traspasaba silbando—. ¡Dejad marchar a este pobre diablo! ¡Y vosotros venid!

Reunió a los caballeros y se volvió con la intención de entrar en el palacio. El alcaide del castillo se dirigió a él para proponerle que, al menos, el tratante de caballos les dejase algo en prenda; de esta manera podrían estar seguros de que sacaría el certificado. El *junker* se detuvo a la puerta del palacio. Kohlhaas preguntó qué debería entregar, en dinero o en especie, como prenda por los caballos negros. El mayordomo, rumiando las palabras detrás de su barba, dio a entender que bien podría dejar los propios caballos negros.

—¡Por supuesto que sí!—dijo el alcaide del castillo—. Eso será lo mejor; una vez que hayáis conseguido el pasaporte, podéis volver a recogerlos cuando gustéis.

Kohlhaas, que se había quedado perplejo viendo el descaro con que actuaban, se dirigió al hidalgo, que muerto de frío trataba de abrigarse estirando su jubón, para hacerle entender que si había emprendido aquel viaje era precisamente para vender los caballos negros; pero, justo en ese instante, se produjo un golpe de viento y una ráfaga de lluvia y granizo entró por el portón; fue entonces cuando el *junker*, que quería poner fin al asunto, exclamó:

—Si no quiere desprenderse de los caballos, le ponéis al otro lado de la barrera y que se vuelva por donde ha venido.

Y, diciendo esto, se retiró. El tratante, que no veía forma de escapar a aquel atropello, comprendió que no le quedaba más remedio que ceder a las exigencias del hidalgo; desenganchó los caballos negros y los condujo a un establo que el alcaide del castillo le indicó. Dejó a un mozo con ellos, le dio dinero y, después de advertirle que cuidara bien de los animales hasta su regreso, prosiguió viaje, con el resto de la recua, hasta Leipzig, donde tenía previsto asistir a la feria. Iba sumido en un mar de incertidumbre, temiendo que Sajonia, donde empezaba a florecer la cría de caballos, hubiera dictado en efecto la susodicha orden con la intención de proteger los intereses de sus ganaderos.

En cuanto llegó a Dresden, donde poseía una casa con establos en las afueras pues desde allí hacía negocios en los mercados más pequeños de alrededor, se dirigió inmediatamente al consistorio. Allí, tras hablar con algunos secretarios a los que conocía, pudo confirmar lo que, en su fuero interno, sospechaba desde un principio: que la historia del pasaporte era un cuento. Después de que los enojados secretarios le extendieran un certificado que acreditaba el abuso del que había sido objeto, Kohlhaas se tomó a risa la broma del enjuto hidalgo, aunque todavía no acababa de comprender del todo qué finalidad tenía, y pasadas unas semanas, tras vender los caballos que había llevado y ultimar sus negocios, regresó al castillo de Tronka sin más inquietud que la propia de aquella agitada época. Cuando le mostró el certificado al alcaide del castillo, éste no dijo ni una palabra al respecto, así que el tratante de caballos le preguntó si ya podía ir a recoger sus animales; el alcaide le respondió que fuera a buscarlos y se los llevara. Sin embargo, mientras atravesaba el patio Kohlhaas oyó las primeras noticias acerca de un desagradable incidente en que se había visto envuelto su mozo, quien, a los pocos días de estar allí,

había sido apaleado y expulsado del castillo de Tronka debido a su impropio comportamiento, según se decía. Acercándose al joven que acababa de hacer ese comentario, le preguntó qué había sucedido y quién se había ocupado de sus caballos desde entonces, a lo que éste replicó que no lo sabía y, sin más, abrió a Kohlhaas, cuyo corazón no podía albergar peores presentimientos, la puerta del establo en el que se encontraban los animales. Cuál no sería su asombro cuando, en lugar de sus dos caballos negros, espléndidos y bien alimentados, lo que se ofreció a su vista fue un par de jamelgos secos de carnes, en los puros huesos, con unas costillas, que parecían palos, en las que habría podido colgarse cualquier cosa, y con las crines y pelaje enredados y cubiertos de suciedad por la falta de cuidados y el abandono: ¡eran la viva imagen de la miseria en el reino animal! Kohlhaas, a quien los caballos saludaron cabeceando con un débil relincho, se indignó profundamente y preguntó qué había ocurrido. El joven, que estaba de pie a su lado, respondió que no les pasaba nada y que habían recibido puntualmente el pienso que les correspondía, pero que, como acababa de empezar la cosecha y les faltaban animales de tiro, los habían llevado a los campos para que ayudaran un poco en las tareas. Kohlhaas maldijo aquella maniobra retorcida y vergonzosa que a buen seguro habían tramado desde un principio; sin embargo, sabiendo que ya nada podía hacer, se tragó su rabia y, como no veía más solución, estaba pensando en abandonar esa cueva de bandidos con sus caballos, cuando, al ruido de las voces, apareció el alcaide del castillo y preguntó qué estaba pasando allí.

—¿Que qué pasa?—respondió Kohlhaas—. ¿Quién ha dado permiso al señor Von Tronka y a su gente para servirse de los caballos negros que yo había dejado a su cargo poniéndolos a trabajar en las faenas del campo?